

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 41

50 cts.



PRÓXIMO NÚMERO:

UN JUEGO PELIGROSO

DELICIOSA COMEDIA / INGENUI-
DAD / SENTIMENTALISMO / NOBLE-
ZA / EXCELENTE ASUNTO

POR LA SIMPÁTICA Y «TRAVIESA»

GLADYS WALTON

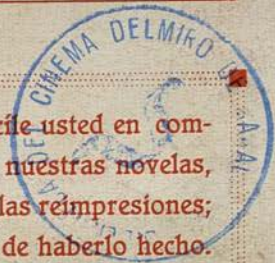
POSTAL-FOTOGRAFIA:

WILLIAM S. HART

SALE TODOS LOS MIÉRCOLES

PRECIO: 25 CTS.

ATENCIÓN: No vacile usted en com-
pletar su colección de nuestras novelas,
antes de que se agoten las reimpresiones;
y después se felicitará de haberlo hecho.



MADAME
MORLAND

por
Mia May

Filmoteca

© Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º 41

MADAME MORLAND

Exclusiva de "LA CASA DE ESPAÑA"

Friedrichstr, 15.—Berlin.

Concesionarios:

Compañía Hispano-Alemana, S. A. "CHASA"
Rambla de Catalunya, 62. — BARCELONA.

Historia de un proceso sensacional

Argumento de la película de dicho título

Protagonista: MIA MAY

En esta dramática producción cinematográfica, en la que el delicado sentimiento de una mujer honrada, amante y buena hasta el sacrificio de su propio corazón, pasa por todas las amarguras y depresiones de la injusta acción de unos celos brutales, al

eminente actriz alemana MIA MAY, (en el papel de MADAME MORLAND), ha logrado encarnar las difíciles y diversas actitudes del personaje que vive todas las satisfacciones materiales y sufre las mayores angustias espirituales de la vida.

—¡El Expreso! ¡Diario de la mañana! ¡Con el interesante proceso de Madame Morland! ¡Diarioooooool!...

La edición del «Expreso» agotóse rápidamente aquel día, pues las circunstancias del proceso de que hablaba, así como las condiciones de la procesada, habían apasionado intensamente el alma popular.

Mas tarde, horas antes de la vista, la Sala primera de la Audiencia de Berlín se iba llenando de personal amante de las emociones fuertes y curiosa por conocer el desenlace de la causa más misteriosa que se recordara de muchos años á aquella parte.

Los señores del Jurado, reunidos en torno de una mesa, cambiaban sus impresiones acerca del persistente mutismo, en los diversos juicios celebrados, de la procesada cuyo supuesto delito iba á ser definitivamente juzgado por la Ley humana.

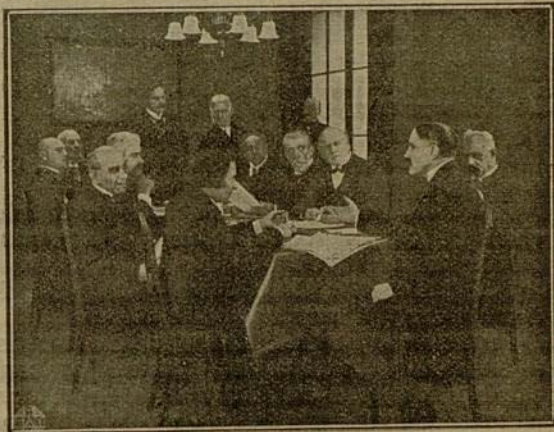
—Es raro que la procesada no quiera confesar su delito, ni hablar...

—Y, claro, esta actitud puede perjudicarla hasta el máximo de la penalidad.

Fiscal y defensor, por casual encuentro frente á frente, se dirigieron breves palabras, naturalmente á propósito de Madame Morland,

como si ambos estuvieran convencidos de que el caso ante el cual se hallaban, no necesitaba discusión, por caer la balanza de la justicia por el propio peso del delito. Así, más que el defensor, lo opinaba el fiscal:

—Yo entiendo, señor defensor, que se trata de un asesinato vulgar, cometido con la mayor sangre fría... ¿Decís que no?...



—Es raro que la procesada no quiera confesar su delito, ni hablar....

—¡No!... Sufrís un lamentable error respecto á mi cliente, señor fiscal.

—Me gustaría que pudiérais demostrármelo palpablemente dentro de un momento.

El público invadía materialmente la Sala

para pronto no quedar un solo sitio ni rincón disponibles.

Entre los espectadores exaltados se hallaba una mujer que no cesaba de hablar á troche y moche para que todo el mundo supiera que ella era amiga de la procesada.

—¿Dice usted que conoce á esa señora?—la preguntó un caballero.

—¿Que si conozco á Madame Morland?... ¡Ya lo creol... Como que desde hace años llevo las verduras á su casa... ¡Y lo buena que es!...

Iba á empezar la vista, y en este momento se armó un escándalo en el público destacándose claramente estas dos réplicas:

—Digo que es inocente.

—No, señora... Es una hipócrita... Calla porque es culpable.

Eran dos mujeres las que habían provocado el desórden, siendo una de ellas, la que más gritaba, la verdulera.

El Presidente agitó la campanilla y el incidente no pasó á mayor.

Pero cuando se dió la órden de comparecer á la procesada, esposa del banquero Morland, asesinado en casa del Vizconde de Cardillach, un murmullo de expectación llenó los ámbitos de aquella Sala, sorda, muda é implacable mansión del pescador.

Esta vez, redoblaron los campanillazos del Presidente, acompañados de una imperiosa amenaza:

—A la menor manifestación, por parte del público, de simpatía ó antipatía por la procesada, mandaré desalojar la sala.

Empezó la vista entre un imponente silencio,

al comparecer en el banquillo la mujer cuyo imputado crimen la había circundado de una aureola popular dividida en bandos: uno formado por las almas piadosas, que se complacían en suponerla inocente, y el otro, constituido por la gente escéptica, que todo lo veía en aquel proceso, menos la verdad.

El Presidente dió principio á su delicada misión:

—Madame Morland: es usted autora del delito de asesinato perpetrado en la persona de su esposo, el banquero Morland... Usted misma se entregó á la Justicia, y ahora ¿por qué calla?... La persistencia en el silencio agravará su situación, y la invito á que relate los hechos y causas que los motivaron.

La procesada hizo un movimiento de cabeza negativo.

—En vista de que usted no quiere hablar, voy á recurrir á otros medios, tan dolorosos como legales... ¡Traigan á la niña!

—¿Va á venir aqui mi hija? ¡Oh, no... nuncal Por lo que usted más quiera de este mundo, haga que no vea á su madre en este doloroso trance.

—Usted lo ha querido, señora. Hable usted y la prometo dejar en paz á su niña.

—No, no... ¡No puedol...

—Entonces, que pase esa criatura.

La niña, atemorizada por tantas miradas clavadas en ella, y por el recelo con que la observaban los magistrados, se resistía á seguir adelante. Mas al ver á su madre en desesperado llanto que la partía el alma, la niña, separándose de los porteros, corrió hacia ella,

mo para protegerse en sus brazos, gritando con una ingénuo expresión de cariño que arrancó lágrimas á las mujeres del público y oprimió el corazón de los hombres:

—¡Mamaíta!... ¡Mamaíta mial!...

—¡Nena!...

Un sollozo desgarrador escapado del agitado pecho de la pobre madre, repercutió en la Sala cual un quejido lastimero de un ser brutalizado.

—Mamaíta... ¿por qué no estás conmigo, como antes...? Yo te quiero mucho...

—¡Hija de mi alma...! ¡Dios mío, qué atroz sufrimiento...!

La escena era incapaz de prolongarse demasiado; la tensión nerviosa de la procesada había alcanzado su resistencia máxima, y el momento oportuno, previsto por el Presidente, de apelar al gran recurso, había llegado ya.

—Procesada: es usted madre. No tiene derecho á amargar la vida de su hija inocente. Piense que una declaración verdad podrá, tal vez endulzar algo en el recuerdo de usted en el alma candorosa del pedazo de sus entrañas. Hable usted... por su hija.

Por orden del Presidente, la niña iba á ser sacada á fuera, á fin de seguir insistiendo en que la madre hablase, sin que su hija la oyese declarar.

Antes de partir, la criatura preguntó á su madre:

—Mamaíta... ¿por qué no vienes á jugar conmigo...? ¿Qué haces en esta casa?

—¡Vete, hija de mi corazón...! Yo tengo que hacer aquí... Vete y... ¡quiere mucho á tu ma-

maita...!

La complicidad de su hijita, obtenida por el Presidente para el logro de sus propósitos, fué un acierto: la dolorosa madre, abatida por los titánicos esfuerzos por no revelar nunca la tragedia, se decidió, al fin, á librarse del suplicio que sufría desde que volviera á estrechar en sus brazos á su hija del alma:



La escena era incapaz de prolongarse...

—Hablaré, por mi hija; sí. Consideraba acabada mi existencia... Por mi, nada me importaría ya... Pero, ¡mi hija...! Voy á decir toda la verdad... ¡Todos los grandes sufrimientos de mi vida...!

No se oía en la Sala, el más leve ruido; to-

dos los presentes permanecían encogidos de emoción y reparaban en corregir el ritmo de su respiración para que ésta fuera imperceptible. Sus oídos eran un solo oído pendiente de la conmovedora confesión de aquella mujer.

Los periodistas, perfilaban sus lápices y se disponían á no perder ni una palabra de las que se pronunciaran durante el juicio, al objeto de causar, ateniéndose escrupulosamente á los hechos, mayor sensación á los lectores de sus respectivos diarios.

El fiscal, miraba á la defensa, queriendo leer en su sempiterna sonrisa de optimismo si sabía que su cliente, con lo que iba á decir, no sería reconocida culpable... por no haber sido ella quien cometiera el crimen.

Por su parte, la defensa, disimulaba la honda alegría que embargaba todo su ser desde que Madame Morland se decidió á salir de su silencio comprometedor, pues él, á pesar de sus repetidos intentos, no había logrado sacar nada en limpio. Sin embargo, la serenidad demostrada por su defendida le evidenciaba que, si en realidad era culpable del asesinato de su esposo, había habido motivos poderosísimos para ello.

Dentro de un momento se iba á saber toda la verdad... y los hombres, analizando la confesión de la procesada, aplicarían la Justicia á que se hubiese hecho acreedora...

Madame Morland, tras una ligera vacilación, alzó su bella frente, miró cara á cara á sus jueces, y con voz clara, segura y confiada, empezó á contar su infortunio.

*
**

Se llamaba Lavinia.

Era soltera. Sólo tenía á su madre, y no hacía más que pocos días que perdiera á su padre.

Desde la muerte de éste, su trabajo iba á ser el sosten de la casa.

Como á realquilado vivía con las mujeres un pintor, Harry Scott, lleno de ilusiones, de esperanzas y, desgraciadamente, como tantos otros, pobre, más que pobre, enfermo, y enfermo de los pulmones.

Lavinia, dotada de nobilísimos sentimientos, ingénua y delicada, sentía algo así como una mezcla indefinida de piedad y simpatía por Scott, con quien gustaba de pasar algunos ratos hablando del porvenir que el arte brindaría al pintor.

De esa simpatía, forzosamente hubo de nacer un afecto puro, tierno, de novia, resignada, como una hermana de caridad, á curar las llagas de un enfermo.

Aunque jamás hubiese salido de sus pechos la más discreta palabra de amor, ambos sospechaban su mutua inclinación.

Si se habían callado hasta entonces, fácil era, conociendo el recto proceder para consigo mismo, de Scott, explicarse el motivo. La enfermedad que consumía de modo alarmante la resentida humanidad de Scott, no le permitía á éste, á conciencia, concebir halagadores propósitos respecto á Lavinia, lozana y temprana como la rosa de la aurora repleta de vida y

ansia de vivir.

A Lavinia, por el contrario, no se le ocurrió nunca pensar en las consecuencias que para su joven cuerpo podía tener la ya desarrollada fisis de Scott, ora rozándole y lavando sus ropas, ora hablando largamente, ella y su madre, en la habitación... taller del pintor, recibiendo su hálito cargado, y sólo se ocupaba, siempre que le era posible, en procurarle distracción, y en recomendarle que se cuidase mucho.

Pero el pobre Scott empeoraba cada día más y la inquietud de Lavinia, incapaz de socorrerlo, pues carecía de los medios para hacerlo, iba en aumento en la misma proporción que la enfermedad.

—Es preciso que se someta usted á un régimen de alimentación eficaz y que descanse una temporada, Harry—le dijo Lavinia un día en que le vió toser, desesperadamente—. Está enfermo y trabaja demasiado.

—Si soy tan pobre, ¿cómo he de poderme cuidar, mi buena amiga? Además, no puedo dejar el trabajo. He de decirle muchas cosas al mundo con mis pinceles...

—Eso sería muy bello, no lo niego, Harry... Pero usted se está matando frente á esas telas y no es ese el mejor camino para seguir adelante con el estímulo necesario...

—Llegaré hasta donde mi estrella me haya trazado el límite... ¿Qué otro remedio sabe usted, Lavinia amiga, para un artista como yo? Nací con ilusiones; ellas me dominan y por ellas he vivido hasta ahora. ¡Saber, llegar, contemplar lo que uno ha logrado con su imaginación! ¡Oh, esto es lo más bello del mundo!...

Scott divagaba.. Su anémico cerebro sólo daba cabida á las ideas sugeridas por la ilusión. Si no recurría en breve plazo á los consejos de un doctor, no había hombre para mucho tiempo.

Seramente intranquila respecto á Scott, Lavinia, recordando que había aún pendiente de cobro el último salario de su padre, cajero de la Banca Morland, salió de su casa para hacer tal diligencia y, de paso, al regresar, avisar al médico. Con el dinero que cobraría, Scott no se vería privado de lo que, para su salud, necesitaba con apremio.

*
**

Una sorpresa le esperaba á Lavinia en la Banca Morland. Ello fué que el nuevo cajero la dijo:

—El señor Morland ha dado orden de pagarle no el salario de un mes, sino el haber enterado de un año. Es una recompensa á la memoria de los servicios prestados por su difunto padre á esta casa.

—Muchas gracias, caballero, ¿Podré expresar personalmente mi gratitud al señor Morland?

—Le haré anunciar que desea usted hablarle. Haga el favor de aguardar un momento... Siéntese, si gusta...

El prestigioso banquero John Morland se hallaba en su despacho en compañía de su doctor y amigo. Estaban hablando como tema fa-

vorito, de mujeres precisamente, cuando un empleado vino á enterar al banquero de los deseos de la señorita Lavinia.

Morland, que conocía á Lavinia, ordenó que se la hiciera pasar en seguida, y para evitar que partiese el doctor, le enteró de quien era ella.

—Es la hija de mi difunto cajero. En un concurso de belleza obtuvo el primer premio... Pero tiene el defecto de ser honesta hasta la exageración...

El doctor, sonriendo con picardía, despidióse del banquero, para que se las compusiera él solo con la belleza premiada.

—¡Si se marcha, adiós, doctor...! Nos veremos en el Ritz.

Lavinia entró en el despacho de Morland. Al volverla á ver, éste se repitió que, ciertamente, era bella y agradable en el trato.

—Ha de perdonarme si le he molestado, señor Morland. He querido darle personalmente las más sentidas gracias, en nombre de mi madre y del mío, por su consideración...

—Una recompensa es una deuda, señorita. Guardo un excelente recuerdo de su papá, que en paz descanse.

—Era muy bueno ¿no es verdad?

—Lo reunía todo: honradez, inteligencia, amor al trabajo.

—Le estaremos muy agradecidas mi madre y yo... Con permiso... Usted lo pase bien, señor Morland...

—Déle recuerdos á su mamá... y preséntele mis respetos...

—De su parte... no lo olvidaré...

—Y ya saben ustedes que en mi tienen á un amigo, como para mí lo era su padre.

—Mil gracias... Servidora... buenas tardes...

Morland se convenció una vez más de que Lavinia era una muchacha indiscutiblemente muy interesante, si que también demasiado recatada... ¡Si parecía que temiera á los hombres!

*
**

Conforme lo había dispuesto, Lavinia dejó en casa del doctor el recado de que, tan pronto le fuera posible, á la mañana siguiente, pasase á visitar á Scott.

De regreso en su hogar, Lavinia informó á Scott de lo que había hecho por él, estimulándole con sus francas palabras á que se ocupase más de su salud y un poco menos de sus cuadros. Si ahora, enfermo como estaba, pintaba de un modo sorprendente, ¿qué no haría cuando estuviese completamente equilibrado? Que era un pintor de talento, saltaba á la vista. El cuadro en que, entonces, resumía desde larga fecha todos los rayos de su fecundo ingenio, esa «*Venus resurgiendo de la espuma del mar*», lienzo predilecto de Lavinia, que ésta anhelaba ver terminado, y que ya tocaba casi á su fin, era en efecto, un cuadro maravilloso.

El doctor y amigo de Morland esperaba al banquero en el regío comedor del Ritz.

Con el doctor se hallaba una encopetada señorita Violeta Hansen, cliente y amiga suya,

como lo había sido su familia, desaparecida en pocos años por la ley de la vida.

La conducta que Violeta observaba de un tiempo á aquella parte, se salía del buen sentido, pues, no siendo rica, llevaba un tren de vida que la conducía sin remisión camino de la ruina.

Aconsejar á una mujer suele ser casi siempre *meterse en honduras*. Por eso, el doctor se abstenía en absoluto siquiera de insinuarle que debía poner freno á sus dispendios, y asegurar su capital con una renta segura en vez de irlo mermando.

Pero lo que el doctor ignoraba era que Violeta había derrochado casi por completo la herencia que la legara su padre. Supo tal noticia por ella misma, en el Ritz, durante la conversación que sostuvieron mientras llegaba Morland.

—¡Ay querido doctor...! Para una mujer sin dinero no puede haber problema más difícil que el de mantener su posición social sin salirse de la honestidad y de la decencia.

El doctor miró á Violeta. Era una mujer distinguida, esbelta, de cierta belleza... y, sondeándola, se afianzó en su idea de que sabría componérselas para no renunciar á su vida, tal vez conquistando un buen partido entre la aristocracia.

Morland, á última hora, y de prisa como buen financiero, reunióse con el doctor y, naturalmente, Violeta les acompañó en la cena.

Hacia los postres, Morland recibió la siguiente carta que no esperaba, y que jamás habría sospechado:

«Amigo mío: Eres demasiado serio, demasiado... Morland, para mí. Tu amigo Enrique me asegura el porvenir y además, es mucho más joven que tú.

Adiós,
Dorothea.»

El desengaño de Morland no pasó de un indiferente gesto de espaldas al mismo tiempo que le daba á leer la carta al doctor.

Dos señoras, señoritas... ó lo que fueran, sentadas á una mesa próxima á la suya, se interesaron entre sí por Morland, á quien una de ellas no conocía. La otra dijo á ésta:

—Es el banquero Morland, inmensamente rico, pero nada espléndido.

Morland las sorprendió cuando ellas le estaban *contemplando* tras los cristales de sus impertinentes, y se le antojaron doblemente *impertinentes*. Comparando á esas mujeres con Dorothea, las consideraba en un mismo plano: falsead, deseo de lujo y nada más. El mundo, según él, estaba en decadencia. Por supuesto, una mujer era más peligrosa que un comprometido negocio.

Sin embargo, aunque frío de su natural, Morland estuvo un momento reflexivo, y el doctor se figuró que lo que le tenía pensativo eran los años, que le empezaban á samar; y dando por cierta esa suposición, entre en broma y en serio, le recordó:

—Desde hace mucho tiempo, amigo Morland, le vengo recetando una mujer hermosa y buena. No le queda más remedio que casarse.

A Morland le plugo el tema de conversación puesto sobre la mesa por su amigo. Le replicó:

—¿Casarme?... No está mal y es cosa fácil...
¿Una mujer hermosa y buena?... Este ya es otro cantar...

Violeta Hansen miró á Morland y sus mejillas parecieron arrebolarse. El banquero notó este rubor en ella... é hizo, como era en él costumbre cuando una cosa no le interesaba, un leve gesto de indiferencia. Para Morland, tan claro como el agua y sin prejuicio alguno, Violeta entraba de pleno en la categoría de las mujeres demasiado coquetas y acostumbradas á darse una gran vida, sin necesidad de ordenar sus cuentas en una escrupulosa contabilidad, para que les quedara tiempo de pensar en las obligaciones de un hogar.

Y como Morland, á raíz de los repetidos consejos que su amigo el doctor le había dado en diferentes ocasiones respecto á este punto, estuviera decidido á elegir la mujer que le ayudara á constituir un nido del que saliera una digna descendencia del ilustre apellido, llamó á su pensamiento, una á una, á todas sus amistades femeninas, pertenecientes á la más alta sociedad, sin que se decidiera por una más que por otra. Lo iría pensando...

Entretanto, el doctor requerido por Lavinia auscultaba á Scott. Al terminar la visita, Lavinia y su madre se interesaron ansiosamente por el estado del pintor. El doctor les certificó lo siguiente:

—Aquí, el enfermo, no hará más que empeorar... Sólo el clima seco de Egipto podrá salvarle. Es el único recurso que queda.

Mientras su madre despedía al médico, Lavinia tuvo palabras de consuelo para Scott,

que parecía llorar en silencio su ruina corporal.

—Harry, venda usted cuanto posee, y parta á Egipto. Cúrese usted; no siga viviendo así, sin cuidados. Márchese, se lo pido, se lo ruego. ¡Hágalo por mí! ¡Me gustaría tanto que usted sanara!

—¡Qué hermoso corazón tiene usted, Lavinia! ¿Qué hice yo para merecer tanto? ¡Marcharme!... ¿Por qué su cariño para un «muerto»?... Usted es un ángel... Yo no... no puedo amar... Para amar se ha de vivir, y yo..., yo ya no viviré mucho tiempo...

—¡No quiero que hable usted así!... Debe, en vez de alarmarse, hacer lo posible por salvarse. Créame á mí... que creo en usted, y en la misericordia de Dios...

Morland, por su parte, ya había hallado, entre las damiselas conocidas, y en disposición de casarse, la que mejor llenaba sus deseos. La agraciada, digámoslo así pues el banquero no dudaba ni un instante que la proposición ventajosa de unirse á él no podía ser declinada, la *agraciada*, hemos dicho, era... era... ¡Lavinia! Sí, ella, la hija de su difunto cajero que, en su opinión de hombre de negocios, lo abarcaba todo bajo su aspecto de simpática sencillez. Tan pronto hubo tomado esta resolución, Morland escribió á Lavinia.

El portador de la carta de Morland llegó á casa de Lavinia cuando ésta insistía en demostrar á Scott, la perentoria necesidad que tenía de ir á Egipto. Para recibir la carta de manos del «groom» del Ritz, Lavinia salió del taller del pintor, quedándose á hablar con él la ma-

dre de ella.

Ni por casualidad se hubiera podido figurar nunca Lavinia que una carta como la de Morland, y, precisamente de Morland, le sería dirigida. Su lectura la dejó atónita. Decía el escrito así:

“Apreciada señorita Lavinia: He resuelto casarme y he pensado en usted. Supongo que mi nombre y mi riqueza no la dejarán vacilar un solo momento. Dígame cuándo podré tener el honor de entrevistarme con su señora madre, y usted.

Su affmo. servidor:

J. MORLAND.“

Por la redacción de la carta, se deducía que se trataba de un asunto estudiado y resuelto á fondo. La natural sorpresa nubló las ideas de Lavinia, que perdía la cabeza buscando el significado real de la rápida petición de su mano. ¿Era posible que naciera el amor tan bruscamente? Estos pensamientos los tuvo Lavinia únicamente bajo la influencia del aturdimiento causado por la inesperada y extraña carta del banquero, pues tan pronto volvió á la realidad, que para ella era el pintor, tomó la determinación de excusarse con Morland *de no poder aceptar...*

Mas algo imprevisto, de suma trascendencia, se impuso á su nobleza obligándola al sacrificio. Ello fué que sorprendió la conversación que sostenían su madre y el pintor en el taller de éste. Decía Scott, con desespero, como si hablara con su propia madre:

—Señora, sé que estoy grave... Me siento morir, y, sin embargo, tengo fiebre por vivir...

Quisiera seguir entre los vivos...

—Pero ¿por qué alarmarse? Usted lo que necesita es vivir tranquilo, apartado del trabajo durante una temporada, comer mucho, y ya verá como luego nos vuelve otro.

—Pero... señora... ¡Si yo soy tan pobre! Si lo que representan mis telas significan una suma irrisoria... He de trabajar, necesito trabajar para vivir...

—Si, es verdad... Eso es lo más triste... Si nosotras pudiéramos ayudarle á usted más de como lo vamos á hacer gracias al ingreso de cierta cantidad de mi pobre esposo, lo haríamos con mucho gusto, hijo.

—Pero, señora, si yo no quiero que se priven ustedes... por mi...

—Ya sabe usted que á un enfermo le corresponde obedecer. Ya se desquitará usted.... ¡Pues, claró!

—¡Ah, señora, señoral... ¡Qué triste es vivir sin esperanza!... Jamás le tuve recelo á la muerte... y hoy, paréceme sentir su frío roce, como si me amenazara... ¡Es horrible, horrible... fracasar en la juventud, trabajandolo!

Sin poderlo remediar, Scott rompió á llorar, imitándole, silenciosamente, la madre de Lavinia.

Esa escena de intensa emoción, fué la que abrió el corazón de Lavinia al sacrificio. Lo esencial era que Scott, tan bueno, de alma exquisita, viviera y fuera feliz con su Arte, su mayor ilusión... Ella tenía en sus manos los medios para que Scott partiese á Egipto y pudiese vivir allí hasta tanto no curase.

En un sublime esfuerzo, murmuraron los la-

bios de su alma:
—Scott, vivirá.

*
* *

Habían transcurrido cinco años desde que Lavinia consintió en ser Madame Morland, y que Scott, aceptando, con la condición de devolverla más tarde, una cantidad de Lavinia y su madre, partió hacia Egipto.

La única felicidad de Lavinia en su matrimonio con Morland, la constituía su hijita.

Violeta Hansen á quien conoció en los salones de la gente «chic» se convirtió pronto en su amiga íntima sin que Morland lo previera, y la visitaba á menudo en su casa.

A fin de que Scott no faltase de nada, y prolongase su estancia en Egipto lo más posible, Lavinia, por mediación de Violeta, desde los primeros meses de su unión con Morland, se puso de acuerdo con un negociante en cuadros, con quien Scott tuvo antes de su partida alguna relación vendiéndole alguna que otra tela, con el objeto de que se encargara de pedir al pintor los cuadros que hiciera. Además, para estimular su genio, le hacía mandar cantidades á cuenta de sus cuadros.

Cierta tarde, Morland y su amigo el doctor, se paseaban por el jardín de la regia morada del primero, y, por el otro lado, Violeta y Lavinia jugueteaban con la hijita de ésta.

Morland vió á las dos mujeres y frunciendo el ceño, le dijo á su amigo:

—La íntima amistad entre mi esposa y Violeta, me tiene algo intranquilo. Esa mujer pide á todo el mundo; vive derrochando el dinero de un modo insensato.

—Es una infeliz que no sabe enmendarse. Su vida como usted sabe, fué siempre desordenada, y desde que murieron sus padres, el desorden la empujó hacia el desenfreno. ¡Lástima de mujer!...

—A mi, con toda franqueza, no me gusta verla aquí. Me produce el efecto de una manzana dañada acercándose á la cual pueden echarse á perder otras manzanas..

Un empleado del negociante en cuadros entregó á un criado, para la señora Morland, un lienzo de Harry Scott. Después de contemplarlo fervorosamente, Lavinia mandó á su criado que se llevara al salón donde, luego le designaría un sitio en la pared.

El criado se dirigia á la casa, y, al pie de la escalera, Morland, que le vió llevar un nuevo cuadro, le detuvo para enterarse del asunto.

—No está mal, ¿verdad doctor? Mi señora es una apasionada de Harry Scott. Su salón está lleno de cuadros de esta firma... Tome Julián... Puede usted llevarlo á donde le haya ordenado la señora.

Violeta, que desde hacía algún tiempo ardía en deseos de saber el por qué de la admiración de su amiga por el pintor de Egipto, toda vez que no se trataba de una firma gloriosa, se atrevió, pues siempre se anduvo con mucho cuidado en el trato de Madame Morland, cuyas cualidades de mujer buena y consciente de sus deberes, la presentaban á sus ojos co-

mo un modelo de virtud, se atrevió, decimos, á preguntárselo:

—Hay cosas, amiga mía, que no se pueden ocultar. Yo creo que la amistad que nos une me permite, quizá, ser algo entrometida.

—¿Qué quiere usted decir?

—Como usted podía imaginárselo yo había de sospecharlo.

—¿El qué?

—Me complugo mucho que depositara en mí su confianza para encargarme de tratar, por orden de usted, pero á mi nombre, con el vendedor de cuadros que recibe los de Harry Scott. Si bien al principio atribuí su afición por los lienzos de este pintor á una natural predilección á los demás jóvenes artistas, llegó un día en que me figuré que la nota de afición era un tanto exagerada... Y pensé que usted conoció á Scott... y que tal vez, (á ello están expuestas todas las mujeres) él hizo sentir algo á su corazón.

—Si, Violeta. ¿A qué negarlo? He amado al pintor Harry Scott, pero jamás hablamos de amor, ni la más ligera insinuación. Hoy por hoy, mi vida toda es del padre de mi hija.

—Eso nunca lo puse en duda, Lavinia.

—Yo conocí á Harry en mi casa, enfermo, y fui para él una hermana, casi una madre.... ¡Era tan bueno, Violeta!...

En las alas del recuerdo, Lavinia bañó su corazón en el manantial de consuelo de la amistad de Violeta, quien, por ser mujer, podía comprenderla sin prestarse á error. Y terminó diciéndola:

—Lo que por él hago ahora, él lo ignora. Al

fin y al cabo, no ha de agradecerme más que una simple atención hacia su arte, pues bien sabe usted que compro únicamente sus cuadros. A propósito, tenga... Le ruego, amiga mía, entregue estas mil pesetas al negociante en cuadros, á cuenta del próximo lienzo que pinte Harry.

Morland y el doctor se acercaban. Violeta se escondió precipitadamente el cheque en el pecho. La niña obligó á su padre á que la corriera detrás y el doctor conversó con Lavinia.

Violeta, al corriente de la aversión que Morland sentía por ella, trataba de serle lo más agradable posible, y ese día más que nunca, buscó ocasión para tropezarse con él y observar cómo se comportaba con ella. A la fuerza hubo de convencerse Violeta de que sería inútil cuanto hiciera por captarse la simpatía del banquero, quien, sin imponerse la molestia de disimularlo, la volvió la cara, (justo es que se diga), con incorrección. Y Violeta, herida en su amor propio, le dijo:

—Esta actitud despectiva de usted me molesta, señor Morland, francamente... Si continua usted tratándome con tal desatención, me verá obligada, muy á pesar mio, á no volver por esta casa.

Morland se echó á reír y la contestó con un gesto más evidente de su despecho, que significaba que le daba lo mismo que fuera á su casa ó que se quedara en la suya... donde no estorbaría á nadie.

Violeta se puso roja de indignación y, cegada por el deseo de vengarse, le replicó:

—¡Qué groserial!... Ahora comprendo cierta

inclinación de mi amiga Madame Morland.

A su vez, Morland, al principio indiferente á las palabras de Violeta, se encolerizó consigo mismo porque no pudo cerrar su espíritu á una duda... y, de no hallarse en su casa, cerca de su esposa, hijita y el amigo, hubiera obligado á la antipática mujer á confesar la verdad. Pero no tardaría en saberlo...

Comprendiendo su falta, Violeta despidióse de Lavinia, so pretexto de pasar, antes de volver á su casa, por casa del negociante en cuadros para cumplir el encargo de remitir fondos á Harry Scott.

En efecto, Violeta fué á ver al citado negociante; pero en lugar de darle las mil pesetas recibidas por ella de Madame Morland, no le dió más que quinientas, lo cual demostraba que aunque no le pidiera dinero prestado á su amiga, como lo temía el banquero, se lo tomaba ella misma haciendo su parte cada vez que recibía cantidades para dárselas al negociante en cuadros.

Mientras, en el sanatorio de tuberculosos, en Heluan, Egipto, Harry Scott, devuelto á la vida, pensaba en lo que era en otros tiempos y en lo que se proponía llegar á ser con el preciado don de la salud.

Al día siguiente se presentó en casa de Violeta un empleado del Juzgado.

—¿Vive aquí la señora Violeta Hansen?... ¡Ahl! ¿Es usted?... Tengo un pagaré de 27.560 pésetas con orden de proceder al embargo si no lo satisface inmediatamente.

—Si me hiciera usted el favor de volver otro día...

—Me es imposible... Procederé al inventario.

El agente ejecutor, con su característica parsimonia, se puso á inventariar los muebles y objetos del piso de Violeta, y ésta, alarmadísima, no veía por donde salir del apuro.

De pronto, llamaron de nuevo á la puerta del piso. La criada fue á abrir y, un segundo después, á entregar á su señorita la tarjeta del visitante. Violeta palideció. ¡Era Morland quien solicitaba hablarla! Le hizo pasar al salón y en él hablaron:

—Vengo á pedirle explicaciones por sus reticencias de ayer. ¿Qué quiso usted decir con lo que no dijo?... ¡Calla usted?...

—Fué una contestación infundada la que le hice, hija de la exaltación nerviosa que en mí provocó su insolencia.

—No se disculpe usted y evítese el rebuscar apelativos. Nos entenderemos mejor. Aquí tiene usted un cheque en blanco que puede usted llenar como quiera... Y que hable el cheque... ¿Es esto?

—Yo no sé nada... absolutamente nada...

El agente ejecutor, que iba derecho á su trabajo, llamó con los nudillos á los cristales de la puerta del salón, para avisar á Violeta que ya había inventariado la habitación de al lado y para que le fuese enseñando las habitaciones restantes. Violeta le hizo un gesto para que tuviera unos minutos de paciencia y luego, subordinándose á los designios de la fatalidad por no quedar en la calle sin recursos ni socorro de nadie, cerró los ojos de su conciencia á todo cuanto no fuera su interés y llenó el espacio del cheque destinado á la cantidad, con el

precio de la traición, avalorada en la suma de *Cien mil pesetas*.

—Perfectamente. Aceptado. Ahora, hable.—
díjola Morland.

—Cuando usted solicitó la mano de la que hoy es su esposa, vivía con su madre y ella, un pintor, enfermo, tísico, que, según el médico, únicamente podía recobrar la salud respirando los aires de Egipto. El pintor era Harry Scott, y era pobre... Lavinia se sacrificó por él...

—¿Y qué más?... ¡Hay más! ¡Acabel!

Violeta relató los hechos punto por punto tal y como se los contó Lavinia.

Esta última, entretanto, en su casa, se hallaba con su madre que había ido a verla, como todos los días, pues vivía sola. Hablaban de los cuadros de Scott, y de como suponían que debía estar el enfermo.

—Desde que me casé con Morland, madre, cesó toda relación de amistad con Scott. Estos cuadros los adquiero indirectamente. Nada sé del pobre pintor, madre mía, desde hace cinco años.

—Ni yo tampoco, Lavinia. Se me figura que debe pensar que no hemos querido ocuparnos más de él desde que se fué de nuestra casa. Si vuelve, y viniera á casa, entonces sabría, por mí, toda la verdad, y reconocería el poderoso motivo de nuestro silencio.

—Así lo creo, madre.

Así que Violeta hubo terminado su explicación con Morland, éste la siguió hablando:

—Ejecutando mis órdenes, no tendrá usted queja de mí. Vaya, como de costumbre, á mi

casa y sea, como lo ha venido siendo hasta ahora, la íntima amiga de mi esposa. Por lo pronto, curse usted este telegrama y téngame al corriente de cuanto pueda interesarme.

La infamia de Violeta no tenía excusa posible.



Al regresar Morland á su casa, iba á salir de ella su madre política. Dominado por los celos y excitado por su orgullo ultrajado, Morland la asió por los brazos y la escupió en pleno rostro estas injurias, delante mismo de su esposa:

—Señora... usted sabía que su hija, al casarse conmigo, amaba á otro, y usted prestó su consentimiento sólo por mi riqueza. Hizo usted indigno papel.

—Eso es falso... falso—gesticuló la ofendida, presa de un ataque.—Es una vil calumnias.

Lavinia asustóse por su madre. El agravio de Morland había partido el corazón de la digna mujer. Adueniéndose rápidamente de sí, Lavinia miró altiva á su esposo, se interpuso entre él y su madre, acompañó á ésta hasta la puerta de la casa, consolándola y prometiéndola que ella sabría solucionar el conflicto surgido en medio de su felicidad, por obra de

una mano criminal.

Tan pronto vió alejarse de allí á su madre, Lavinia colocóse frente á su esposo, y le exigió, con la mirada, una explicación:

—¿Por qué has insultado á mi buena madre?

—¿Cómo te atreves á preguntarlo?— contestó Morland fuera de sí.— ¡Lo sé todo... ¿lo oyes?... todo! Sé la historia de tu pintor, el sacrificio que hiciste casándote conmigo... ¡todo, todo!

—Calma, John! ¡Hablas con tu esposa, no lo olvidas! ¡Con tu esposa, he dicho.

—No quiero oírte. Arregla tus maletas y véte á reunirte con él... con ese que vive exclusivamente de mi dinero... ¡Vete!... Eres una... *cualquiera...*

—¿Qué? ¿Yo? ¡Está bien! Estaba dispuesta á convencerte de mi honradez de *mujer* y de *esposa*, mas ya no es preciso. Esa palabra nos separa para siempre, John; pero como puedo levantar muy alta la frente ante Dios y ante el mundo, no dejaré esta casa porque no quiero separarme de mi hijita.

—¡Te marcharás á la fuerza!

—No podrás, sin evitar el escándalo y el reconocimiento vergonzoso de tu error. Y enténdelo bien: esa palabra nos separa para siempre, pues aunque llegaras á implorar de rodillas no recobrarás nunca más mi cariño ni pasarás de la puerta de mis habitaciones.

*
*
*

En los círculos aristocráticos de la capital, destacaba por sus excentricidades en el juego y en aventuras amorosas, el joven Vizconde Gastón de Cardillac, cuya vida estaba rodeada de cierto impenetrable misterio para muchos y llena de puntos negros para algunos, en su mayoría ilusas mujeres.

Por su título y distinción, el vizconde era el invitado indispensable de todas las reuniones mundanas.

Helga Janson, la, en aquel entonces, amiga enamoradísima de Cardillac, se presentó en su casa más celosa que una tigresa.

—¡Hola! ¿Cómo tú por aquí, tan de mañana, preciosa?

—¡Déjame! He venido á que me digas quién era la señora que te acompañaba anoche en el teatro.

—¡Ah! ¿Eso indica que me vigilas?

—Tengo el derecho de saber lo que haces. Mi conducta para contigo es leal; y así me figuro que tú la supones.

—No te pongas tonta, mujer. Esa mujer es una amiga de un amigo... que no pudo venir al teatro... pero que debía venir.

—No me convencen tus martirijillas. Bien sabes que te conozco.

—¿Pues, qué más voy á decirte mujer?

—Si no me confiesas quién era tu acompañante de anoche, acabamos ahora mismo.

—Ya se te pasará el enfado... y volverás. ¡Adiós!

—¡Eres un canalla! ¡No debí haberte escuchado nunca, farsante!

—Chica, no me marees, por favor. Vuelve cuando no estés enferma. ¡Adiós!...

Helga se fué, sí; pero se fué llorando...

La hijita de los Morland se puso enferma.

Lavinia no abandonaba un solo instante el lecho de la adorada criatura.

Morland iba á ver varias veces al día, á su hijita, sin dirigirle una palabra á su esposa, que no reparaba siquiera en él, exasperándole con tan humillante indiferencia.

En una de sus visitas á la enfermita, Morland rogó á su esposa que le siguiera un momento al salón. Esta obedeció.

Aconsejado por mejores sentimientos, Morland, con afectuoso acento, preguntó á su esposa:

—¿Sigues manteniendo tu prohibición? Ha pasado ya bastante tiempo... ¿Te parece que podríamos hacer las paces?

Resentida hasta lo más recóndito de su ser, Lavinia no podía, con una simple explicación de Morland, que calló tanto tiempo, olvidar lo duro que estuvo con ella y las muchas lágrimas que le costó su crueldad. Así, pues, le contestó:

—No. Mi sitio es el lecho de dolor de mi hija, y... después de todo, ¿qué puede importarte una "cualquiera" como yo?

Dicho lo que precede en un tono natural,

Lavinia volvió al lecho de su hijita, y Morland, ferozmente enojado, le lanzó esta amenaza:

—¡Desdichada...! ¡Vas á acordarte amargamente de John Morland!

Harry Scott, en Egipto, recibió una carta del negociante en cuadros, que, gratamente sorprendido, besó repetidas veces. He aquí el texto:



La hijita de los Morland se puso enferma...

«Adjunto envío á usted doscientas cincuenta pesetas á cuenta de su próximo cuadro. He averiguado el nombre de la compradora: Lavinia Morland. Violeta Hansen es sólo un mediador.»

Harry no supo cómo expresar con palabra, imaginariamente, su inmensa gratitud hacia su protectora y mil veces más la bendijo, demos-



—...Nací con ilusiones; ellas me dominan y por ellas he vivido hasta ahora...

trando su nobleza reconociendo en absoluto que le debía la vida. Pero, ¡se había casado...! Como quiera que ya estaba restablecido por completo, le asaltó... la idea de volver á Europa...

Violeta, cumpliendo las órdenes de Morland, le trajo á éste el telegrama que la mandó curar, que decía lo que sigue:

«Harry Scott dejó de existir ayer á consecuencia de ta enfermedad que le aquejaba.

Director Sanatorio».

Y Morland, satisfecho de tener tal arma, falsa de toda falsedad, se aprestó á la lucha despiadada para vengarse de la soberbia de Lavinia.

En este mismo instante, el Doctor, acatando el encargo recibido de Morland, que se acogía á la escena de reconciliación frustrada, habida entre él y su esposa, recogía la rotunda contestación de Lavinia á la solución propuesta.

—Puede decirle á mi marido que de ningún modo quiero consentir el en divorcio. Sería despojar á mi hija de la fe que debe tener en sus padres.

Inmediatamente después de haber tenido apenas tiempo de conocer la respuesta de su esposa, entró Morland en la habitación donde ella recibiera al doctor, y la sometió la lectura del telegrama.

Lavinia, entristecida por la funesta noticia, que mucho la afectaba, teniendo en cuenta que ella procuró en todo momento la salvación del pintor dió rienda suelta á su sincero pensar, y gruesas lágrimas de un mutismo atroz, rodaron por sus blanquecinas mejillas.

Morland, descompuesto hasta su grado máximo, loco de rabia y de celos, crispó el puño, lo levantó en alto y gritó:

—¡Maldición...! ¡Lloras por él...? ¡Oh, si supieras cuánto le odio...! ¡Tanto como á tí te desprecio...! ¡Más aún...!

Ese odio es un gran pecado. Cuando Scott



—Puede decirle á mi marido que de ningún modo quiero consentir en el divorcio.

estaba en nuestra casa era ya un muerto... Yo no sentía afecto por un hombre... sino por la sombra de un hombre... enamorado de la vida y de su arte... Era un cariño lleno de dolor, consolador para el desgraciado... como el de una madre, dulce puro..., pero tú no compren-

des estas delicadezas de las almas.

—Todo eso son palabras, poesía, si quieres, mas lo cierto es que tú te has burlado de mí y que no te quiero ver más á mi lado. ¡Te aborrezco, te aborrezco... y te aborrezco!

Lavinia echóse á llorar, con doble motivo, en el colmo de su desgracia, mientras Morland,



—...¿Lloras por él...? ¡Oh, si supieras cuánto le odio...!

reuniéndose con el doctor amigo, le manifestó, impotente por llevar á cabo sus propósitos:

—Quería reconciliarme con ella, y se negó. Es un carácter de hierro... Tampoco consiente en el divorcio... Me ha humillado y no puedo más... Quiero echarla de esta casa, de mi casa...

—No se sulfure, Morland. Si tiene usted un motivo suficiente para arrojar á su esposa de su casa, bien; pero si no lo tiene se espera... que ella al fin al cabo es un ser de carne y huesos... y tiempo le sobrará de confirmar ó desechar sus sospechas...

—Buen consejo es el suyo, doctor. Gracias. Usted lo dijo: esperaré.

*
*
*

Sin demora, Morland concibió un plan espantoso, y lo primero que hizo fué ir á pedir en una agencia de detectives, informes sobre el apuesto y vicioso Vizconde de Cardillac.

—Me precisan informes del Vizconde de Cardillac. Cueste lo que cueste, quiero una información detallada y precisa acerca de este individuo.

—¿Informes sobre Cardillac? Nada más fácil. Los tendrá usted detalladísimos.

Con la complicidad del doctor, ignorante de la idea que Morland quería llevar á cabo, Lavinia reconoció la necesidad de llevarse de verano á su hijita en periodo convaleciente.

Alegre y confiada, Lavinia, prodigando su ternura á la criatura inocente, la dijo:

—El doctor quiere que mi preciosa muñequita se reponga en los países del Sur y nos

iremos sin perder día, ¿verdad que te gustará, queridita mía?

Como Violeta, que seguía yendo diariamente á tomar el té en casa de Lavinia, la cual no sospechó lo más mínimo su traición infame, había recibido la orden *pagada* de Morland, de acompañar á Lavinia á donde quiera que



—El doctor quiere que mi preciosa muñequita se reponga en los países del Sur.,

fuera, aparentó tener una viva alegría al ofrecerse á viajar en su compañía.

—¿Lo has oído, bien mio?—preguntó Lavinia á la nena—La señorita Violeta vendrá con nosotros. ¿Estás contenta, niña mimada?

La chiquilla palmoteó de gozo, y Violeta, no tan mala como una vida sin dirección y carga-

de de necesidades supérfluas la había inducido á serlo, disimuló, bajando la vista al suelo, el arrepentimiento que subía hasta sus ojos.

Morland no dormía. En el club Albany vió al Vizconde de Cardillac, el hombre que le serviría á las mil maravillas para su plan, y espíó sus actos.



Morland no dormía. En el club Albany vió al Vizconde...

La suerte parecía estar de parte de Morland, pues Cardillac, que jugaba á la ruleta (Morland lo contemplaba oculto entre los espectadores de pie detrás de los que jugaban), perdió una crecida suma, que llevaba encima, más algunas cantidades, que sumaban un total con-

siderable, por el que hubo de firmar, al jugador que le concedió crédito, un bono pagadero dentro dos de días.

El Vizconde volvió á su casa desesperado.

Morland se acercó al afortunado jugador, cuando éste abandonó el tapete verde y le dijo:

—La deuda del Vizconde, yo la compro.

—No tengo ningún inconveniente... Siendo usted banquero, me evitará un disgusto con él si se resistiera á pagarme este bono á su vencimiento.

El Vizconde buscó una solución que le sacara á flote de la ruina que se le echaba encima... y la halló. Su amiga, su enamorada Helga Janson, podía evitarle el *deshonor*. La escribió una carta, exponiéndole su situación, en la seguridad de que, á pesar de haberse separado, la última vez que se vieron, rotas las relaciones, ella atendería su ruego é iría en su auxilio.

A la mañana siguiente, Helga tuvo un desagradable despertar; la carta de Cardillac era para quitar el sueño á cualquiera.

He aquí lo que Gaston le decía:

“Querida Helga: Anoche perdí 200,000.—pesetas. Si no las pago por todo el día de mañana, no me queda otro camino que la muerte. Procúrate ese dinero en seguida. Sálvame, Helga. Te espera tú

Gaston“

Hacia la misma hora que Helga recibía la carta de Gaston. Morland telefoneaba al criado del Vizconde.

—Necesito ver al Vizconde esta tarde.

—No sé si podrá ser..

—Cien pesetas para usted si lo logra. Ha de ser esta misma tarde.

—Descuide usted; haré todo lo posible para que sea recibido por el señor esta misma tarde.

Helga no se hizo esperar mucho por Gastón.

Gastón: ¿Traes el dinero?

Helga: No tengo esa suma, ni mucho menos, Gastón.

Gastón: ¿Tú quieres salvarme? Di, ¿me amas lo bastante para que no puedas verme infeliz?

Helga: Si, Gastón, te amo hasta lo imposible.

Gastón: Pues bien: conozco á una persona que podría muy bien sacarnos del apuro: el viejo Roger Franck, rico como pocos.

Helga: ¿Qué dices? ¿Que yo vaya á pedirle á ese hombre? ¡Eso nunca Gastón! Tú no has querido decir eso ¿verdad?

Gastón: Si, Helga, es la única solución que existe. Hazlo por mi amor, por nuestro amor... Esa suma, y más, será una bicoca para Roger Franck....

Helga: No puede ser. ¡Pero qué me estás diciendo, insensato!... ¡Gastón! ¡No! Dame ese revólver. ¿Qué ibas á hacer?

Gastón: Ya te lo dije: sólo me queda el recurso de desaparecer.

Helga: Acepto, Gastón, acepto... ¡Virgen de los Desamparados, protéjeme...! ¡Y tú, Dios mío, perdóname si á este hombre, que me propone su salvación á costa de mi dignidad, le amo con toda mi alma!

Gastón, ser abyecto, venció fingiendo, á la pobre mujer que adoraba en él....

Helga escribió seguidamente, pues el tiempo apremiaba, á Roger Franck que, por irónica

coincidencia, era el jugador que arruinara á Gastón, citándole para la tarde en su casa.

Morland, conforme quedó convenido con el criado, se presentó en casa del vizconde, y fué introducido cerca de éste, sin esperar:

Morland: Hablo con el Vizconde ¿no?

Vizconde: Y usted es Morland ¿verdad?

Morland: Sí, nos conocíamos ya... de vista.

Vizconde: ¿Qué se le ofrece?

Morland: Antes de exponerle el objeto de mi visita, voy á leerle un informe que me he procurado, por lo que pueda interesarle.

El Vizconde adivinó lo que Morland iba á decirle, pero no suponía la causa de aquella entrevista, ni la significación que tenía el haberse armado Morland de un revólver mientras le hablaba.

Morland: Supongo que llegaremos á entendernos... Empiezo, pues, la lectura...

"Corría el año 1897. Un chiquillo que apenas contaba diez años de edad, imp'oraba la caridad en la vía pública. Pocos años más tarde, ese chiquillo era un ratero vulgar. Cuando llegó á hombre, se le conocía, entre sus camaradas con el apodo "soga de seda", á causa de los favores, de toda especie, que recibía de las mujeres, por su belleza varonil, distinción y elegancia naturales. "Soga de seda" se llamaba también Gastón.

Gastón: (sin poderse contener) ¡Mentira...!

Morland: (jugueteando con el revólver). No acabé... Reserve sus protestas para luego... Y sigo: *Ese triste sujeto explotaba la candidez de las damas que fiaban en sus palabras, y que por no comprometer su honor y su nombre deja-*

ban que el distinguido Vizconde de Cardillac siguiera haciendo de las suyas. Consiguió títulos de nobleza.... Llegó al narcótico y al robo...."

Vizconde: ¡Canalla!

Morland: Alto ahí, amiguito, ó disparo. Ahora ya terminé, podemos entendernos mejor.



—¡Canalla!

—Alto ahí, amiguito, ó disparo...

Vizconde: Dígame secamente qué desea de mí, puesto que tanto se ha interesado por mi pasado.

Morland: Eso ya es hablar mejor. Sencillamente: en sus manos está, señor de Cardillac, romper este informe, inutilizar el bono que fir-

De pronto, sintió el roce de sus sedosos vestidos, de los que trascendía un perfume de mujer interesante, á la par que oyó, muy cerca de sí, la voz de ella.

—Fíjese usted, Lavinia, en el asunto de este cuadro... ¡Cuán parecido al "*Resurgimiento de Venus de la Espuma del mar*", de Scott.



La niña las distrajo de tan profundas reflexiones...

El Vizconde, disimulando á la perfección, se volvió, y, correcto, las habló de este modo:

—Espero que las señoras no se molestarán si las digo que me prestarían un servicio siguiendo su paseo. No puedo trabajar sino estando solo.

Ellas se alejaron algo sorprendidas de la

sequedad del pintor, criticándole cada cual á su manera, y Gastón se confirmó para sus adentros:

—Realmente es hermosa. Muchísimo más de lo que decía su retrato.

*
**

Al final de la jornada, Lavinia, al recordar al pintor, se abandonó á dulces ensueños, muertos con la ilusión.

Violeta, por el contrario, recibió un recuerdo, de su indigna conducta, de Morland. Era un telegrama por el que la ordenaba sirviera de mediadora entre Lavinia y el pintor Gastón de Cardillac. Violeta tuvo remordimiento, más cuando Lavinia la dió á suponer que una amistad con el falso pintor sería fácil, diciéndola, refiriéndose al día siguiente:

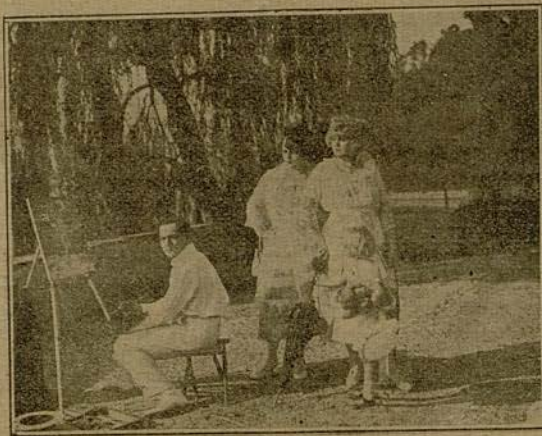
—Iremos á nuestro paraje favorito... ¡Se disfruta de un panorama espléndido..! Si volvemos á encontrar al pintor, voy á proponerle la compra del cuadro. Su asunto es el del cuadro que Scott no pudo acabar aquí.

Violeta estuvo á punto de echarlo todo á perder, por querer dar oídos á su rebelada conciencia, pero supo defenderse al borde mismo de la confesión, y sólo se atrevió á manifestar:

—Tengo el presentimiento de que este cuadro va á ser su desgracia.

—¿Es usted supersticiosa? Yo nunca lo fui, ni jamás temí las consecuencias de mis actos... porque siempre creí obrar bien.

A la mañana siguiente, pues, Lavinia, con su amiga y la niña, encontró al pintor y le hizo la prometida oferta:



—...No puedo trabajar sino estando solo...

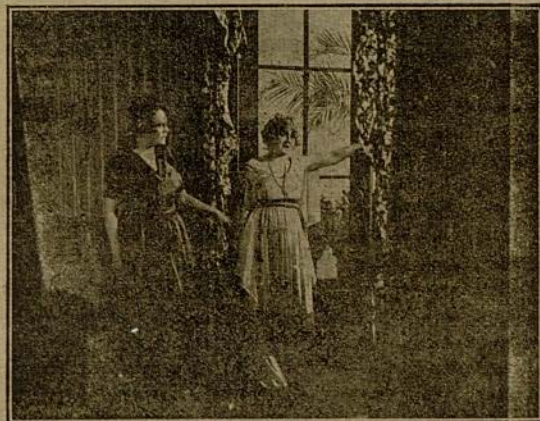
—No sé si aceptar señora... y para decidirme en un sentido ú otro, ¿quiere usted permitirme que la pregunte por qué le gusta mi cuadro?

—¿Por qué me interesa el cuadro? Pues... porque un artista, al que apreciaba mucho, es-

tuvo pintando un asunto muy parecido.

—Oh, en este caso, acepto serle agradable, señora, cediéndole mi cuadro, y me apresuraré á darle los últimos toques.

¿Qué era lo que le pasaba á Lavinia al recordar al pintor? ¿Veía acaso en él una semejanza con Harry ó era el solo motivo de ser



—Iremos á nuestro paraje favorito...

artista como el otro, lo que parecía atraerla hacía él con cierta simpatía?

Sea lo que fuere, lo cierto era que Lavinia, á la noche, al escribir á su madre, la habló de él:

«...imagínate, querida mamá, que ayer, yendo de paseo me encontré con un pintor que tenía el

mismo carácter, franco y leal, del malogrado Harry...

Desde que la ofreciera su cuadro, Harry andaba en busca de lo más mínimo para hablar con Lavinia. Y un día, en que Violeta acompañó á la hijita de Morland á casa de unos veraneantes, Lavinia se paseó sola y se encontró con Gastón.

Ella estaba sentada, frente al mar. El se colocó á sus pies y miró hacia el espejeante é infinito abismo. Una barquichuela se mecía en el agua tranquila, y con ella el amor de dos enamorados. Gastón suspiró:

—¡Cuán dichosos son aquellos, señora! ¡Qué bueno es el amor, cuando es bueno!... Yo también amo á una joven... La idolatro... Si un día llego á la celebridad, la haré mi esposa.

Estas palabras sonaron bien á Lavinia. El trato de ese joven tan correcto, le era francamente agradable.

Al volver al hotel, Gastón la acompañó. A pocos pasos se detuvieron. El la miraba mucho; ella se sentía halagada.

—¡Qué ojos tan divinos tiene usted...! Si tuviera la dicha de poderlos trasladar al lienzo, intentaría imitarlos... No podría hacer más el pincel más diestro... ¡Tan preciosos son...!

—Los artistas son ustedes muy galantes... pero exageran mucho...

—Sólo amamos lo bello, señora... ¿Y sabe que título le pondría al cuadro? «Una mujer que espera el amor», porque sus hermosos ojos, esperan.

—Qué saben ustedes los hombres, de estas cosas.

—Señora, yo leí en su alma lo que pide su corazón... ¿Me equivoqué? ¿Fui indiscreto? Si adiviné, no cree usted, señora, que quien llegó á saber tanto no puede ser un indiferente, un vulgar admirador...

La voz se volvió queda, transformándose en una especie de murmullo que se confundía con el rumor de las frondas y del rítmico vaivén de las olas del mar que estaba á sus pies... La entrevista se prolongó... y fué, para Lavinia, como un sueño...

*
**

—Es verdad, Violeta, es verdad. Ya no soy la misma; no soy la indiferente de antes... Estoy enamorada; amo á Gastón... Creo que él también me ama y que me lo declarará hoy mismo. Si lo hace, entonces consentiré en el divorcio de Morland.

Pero su felicidad fué bruscamente turbada por la llegada del siguiente anónimo:

“Señora: Está usted siendo víctima de un criminal engaño. Piense usted en su mayor enemigo. Si quiere usted saberlo todo, recíbame para que pueda hablarle en confianza.

Un verdadero amigo que la compadece.”

Asustada Lavinia dió á leer la carta á Violeta, que palideció más aún, En el fondo de-

seaba que Lavinia se salvase á tiempo de la garra de su esposo aprovechando una circunstancia como la que se le acababa de presentar.

El que habia escrito el anónimo esperaba la órden de ser introducido en presencia de Lavinia. Lo fué inmediatamente. ¡Era el criado de Gastón! Empezó así:

—Ha caido usted, señora, en el lazo que le ha tendido su mayor enemigo. John Morland está resuelto á perderla á usted. Si me gratifica con diez mil pesetas le contaré toda la verdad.

—Aceptado... Tome y hable...

—Gastón de Cardillac no es tal pintor. Es un aristócrata aventurero. Se ha presentado como pintor porque Morland le indicó su pasión de usted por la pintura, y le pagará con medio millón de pesetas el trabajo de comprometer á usted ante la sociedad.

—¿Es posible, Violeta, lo que dice este hombre?

—Si, señora—prosiguió el delator arrepentido de servir al Vizconde— Ahora sabe usted toda la verdad. Aun puede salvarse. Yo he descargado mi conciencia, y con este dinero me ausentaré de este continente. Partiré hoy mismo. Adiós, señora.

El criado partió.

Violeta estaba lívida.

Lavinia, dolorida y ultrajada en lo más íntimo de su sensibilidad, gimió:

—Ha echado sobre mí un perro de presa para obligarme á consentir en el divorcio y quitarme á mi hija... ¡Qué infamial!...

—¿Qué va usted á hacer, Lavinia?

—¡Si ese hombre se atreve á hablarme de su amor, le trataré como á un perro!

Del fondo de una maleta, sacó Lavinia una cuerda, que le serviría, en caso necesario á guisa de látigo para golpear el rostro del miserable.

Pero las cosas cambiaron de rumbo, porque Gastón antes de llegar Lavinia, vió salir del hotel, apresuradamente, receloso de ser descubierto, á su criado, y comprendiendo que éste acababa de venderle, su fecunda imaginación le dictó el camino á seguir.

Una doncella anunció á Gastón. Antes de que Lavinia diera la orden de que pasara, Violeta, al retirarse, la recomendó obrase con prudencia, sin dejarse llevar por su exaltación.

Lavinia recibió á Gastón con asombrosa naturalidad... y Gastón empezó á interpretar magistralmente la farsa que habia ideado.

—¡Cuánto deseaba volverla á ver, señoral Ya acabé el cuadro, y aquí se lo traigo. Más no vine sólo por eso... He de decirle que antes de conocerla á usted, señora, era yo un hombre feliz. Amaba á una señorita, y su amor alentaba todos los anhelos de mi espíritu... y ¡cosa rara!, en estos pocos dias se ha ido desvaneciendo hasta su recuerdo para dejar su sitio á otra mujer que llena toda mi existencia.

Lavinia se resistía á seguir la comedia. Sin embargo, la detuvo Gastón, con sus desconcertantes palabras:

—Quiero decirle, como un secreto de confesión, que yo... yo...

Lavinia se imaginó que, instigado por el remordimiento, Gastón iba á pedirle perdón, y

se le acercó para recibir su confesión:

—No... no se acerque usted á mi—exclamó él, retrocediendo, arrodillado como estaba—. No se acerque porque yo soy un perverso, un ser innoble....

—¿Y eso, por qué?

—Sí... le confieso que estoy vendido á su marido de usted.... Me ofreció una suma que me convenía para pagar mis deudas, á cambio de comprometerla á usted.... Yo acepté, señora, pero yo no conocía á usted; no la había visto nunca.... Acepté... la he visto... ¡y estoy castigado!...

—¿Cuál es el castigo?

—El castigo es que la amo á usted locamente, y que no podrá nunca aspirar á tanta dicha un hombre como yo, que empezó por ser un muchacho del arroyo... luego... ¡oh, no, no puedo seguir!... Adiós, señora.... Déjeme partir para siempre.... ¡A morir en el dolor y la desesperación de un imposible!...

Lavinia, al fin *mnjer de carne y huesos*, fué materialmente vencida y retuvo al arrepentido y apasionado Gastón, estrechándole, febrilmente, trémula de emoción contra su agitado pecho.

Gastón, victorioso, volvió á la ciudad.

Y pocos días después, Lavinia hizo lo mismo con Violeta y su hijita, y le mandó á aquél, Gastón este telegrama:

«Regreso hoy á mi casa. Mañana á las 5 ire á verte. Abrazos.—Lavinia.»

Este día, por la mañana, el Vizconde escribió esta carta á Morland:

•Muy Sr. mio: Esta tarde á las cinco, habré

ganado la apuesta.—Gastón de Cardillac».

Lavinia regresó, en efecto, al mediodía. Morland sólo vió á su hijita, y esperó ansioso la hora trágica.

Morland llegó á casa del Vizconde antes que su esposa y se ocultó detrás de un cortinaje.

Lavinia, en este momento, se contemplaba



Lavinia, en este momento, se contemplaba en el espejo...

en el espejo de su casa, deseosa de parecerle bella al bienamado, y salió confiada con dirección á casa del Vizconde para ultimar los detalles para fundamentar el divorcio con Morland.

El Vizconde supo fingir con maestría tal, que Lavinia no dudó un instante su traición y dejóse caer en sus brazos, cuando él, al volver-

la á ver después de unos días, se los tendía amorosamente.

Entonces Morland, corriendo el cómplice cortinaje, lanzó un rugido:

—¡¡Canallas!!

Lavinia quedó clavada al suelo... sin poder articular palabra. ¡La habían perdido! ¡Todo



...produciéndole la muerte instantaneamente.

era cierto! ¡El arrepentimiento del Vizconde era una pura ficción!

Morland remitió las 500.000 pesetas prometidas á Cardillac, y riéndose burlescamente de su atónita esposa, alejóse.

Lavinia, en un sobrenatural impulso de su honradez, exclamó:

—John Morland: tu crimen es tan grande que

no tiene penalidad en los códigos, porque los legisladores no concibieron que pudiera cometerse una acción tan villana.

—Palabras, siempre palabras... ¿Por qué no reprochas y castigas á tu «digno» amigo?... ¿Tal vez porque es digno de tí?

—¡No, miserable, criminal, mónstruo inicuo!



—Y tú... ¡toma! ¡Este collar que me regaló ese hombre!...

¡No es tan vil el instrumento que ejecuta, como el malvado que ha urdido fríaente traición tan baja y cobarde! Mereces la muerte...

Y abalanzándose, desde la pared, de la que ocultamente cogió un puñal colgado en una panoplia, sobre Morland, se lo hundió hasta la cruz en la espalda, produciéndole la muerte

instantáneamente.

—¿Qué has hecho, desgraciada?—exclamó el Vizconde.

—El cielo clamaba venganza. Y tú... ¡toma! ¡Este collar que me regaló ese hombre vale mucho más de lo que por tu infamia te pagó. ¡Yo pago mejor que el muerto á los miserables!...

Lavinia fué detenida, y Gastón marchóse al extranjero.

En la cárcel la visitó Violeta, que la confesó su culpa, y la pidió, sinceramente arrepentida, su perdón:

—También yo he sido instrumento pagado por Morland, mi pobre amiga. Perdóneme... Voy á aligerar en parte mi culpa diciéndola que Harry Scott vive; el telegrama era falso... obra de Morland.

—He perdonado á todos el mal que me han causado. No quiero que declare como testigo. ¿Para qué?... Lo único que pido á Dios es que si vuelve Harry Scott me encuentre entre los vivos.

*
*
*

—Esta es mi triste historia. Juro haber dicho toda la verdad.—terminó diciendo Madame Morland.

Un hombre había escuchado la confesión de la procesada, llorando, y parecía implorar á los jueces un fallo conforme al dictado de la conciencia humana.

El público entero estaba pendiente de la sentencia. La voz del Presidente, recogiendo la opinión de los jueces, con voz velada por verdadera emoción, dijo:

—Lavinia Morland: ha sido usted absuelta por unanimidad.

Atronadores aplausos, risas alternadas con lágrimas, felicitaciones, partieron de los espectadores de tan sensacional proceso.

El hombre que escuchara fervorosamente la triste odisea de Lavinia corrió hacia ella, la tomó en sus brazos cuando, tambaleándose ella iba a caerse, y se desarrolló una desgarradora

escena.

Era Harry Scott, de regreso de Egipto, que volvía á ella, como recompensa del cielo para desquitarla de los inmensos sufrimientos por que había pasado.

El final de la historia de Lavinia parecía sueño... mas era una realidad incomparable-



Un hombre había escuchado la confesión de la procesada,...

mente dulce que volvía á unir dos almas hermanas...

La justicia de los hombres iba de la mano de la justicia de Dios...

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — Tarrasa

La Novela Semanal Cinematográfica

Números publicados

1, No hay juegos con el amor (3 ediciones). 2, El Valle Florido. 3, Amor de madre. 4, La Virgen de las Rosas. 5, La culpa ajena. 6, De hombre á hombre. 7, Una mujer. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario). 9, Desinterés. 10, El Hábito. 11, Jimmy Sansom, El Aventurero. 12, La primera novia. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada). 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada). 15, La tormenta. 16, Flor de amor. 17, La Pantera Negra. 18, Bajo dos banderas. 19, Corazón de lobo. 20, Sueños juveniles. 21, El mundo y la mujer. 22, Corazones humanos. 23, El premio gordo. 24, La desconocida. 25, Robin de los bosques (extraordinario). 26, La Verdad Desnuda. 27, El octavo no mentir. 28, Cleo la francesita. 29, La hija del pasado. 30, La chica del taxi. 31, La hija de los traperos. 32, El príncipe escultor. 33, Llovido del cielo. 34, Mujeres frivolas. 35, Al calor del hogar. 36, Sapho. 37, Directo de París. 38, Lo que vale una mujer. 39, El Valle de los Gigantes. 40, La sombra del padre. 41, Madame Morland (extraordinario).

Postales-fotografías

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacolini.

¡COLECCIONISTA!

No vacile usted en adquirir en seguida los números publicados de nuestra publicación, pues son tantas las demandas que de todos los correspondientes se reciben, que de nuevo van á agotarse las reimpresiones hechas.

Además, preparándose una verdadera y gran sorpresa, sentiría usted no tener completa nuestra colección de novelas y postales por lo que

Alerta y dése prisa en adquirir los números que le falten,
en

Todos los kioscos

Todas las bibliotecas de las
estaciones de F. C.

Todos los buenos correspondientes
de España.

Números corrientes: 25 cts.

Extraordinarios: 50 cts.

¡No espere usted más tiempo!

La Novela Semanal Cinematográfica



Precios de suscripción
(pago anticipado)

Barcelona y provincias

Año 12 pesetas
Semestre. 7 "

Extranjero

Año 18 pesetas
Semestre. 10 "

Portugal, América y Filipinas

Año 14 pesetas
Semestre. 8 "

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal